

*el referente –el Mediterráneo y todo lo que con él asociamos, pongamos por caso– son dos de los aspectos que más me han llamado siempre la atención en tu literatura. Es como si mar y ojo compartieran una misma esencia. ¿En qué medida se trata de un modo de percepción característico de tu forma de relacionarte con el mundo, y en qué medida ese efecto es producto de la experimentación con los resortes de la retórica?*

–Yo tiendo de alguna forma a tener una conciencia próxima de las cosas. Para mí, los sentidos son lo fundamental. Primero, escribir con claridad, y que esa claridad sea como el agua de un estanque profundo en el que ves hasta el fondo. Creo que eso es lo más difícil: entenderlo todo y no entender nada, creer que lo has entendido, pero después repensarlo y ver que hay más profundidad de la que tú imaginabas. Por otra parte, me fascina el que todo esté en la capa de la piel, en la luz, que todo se produzca sin oscuridades. Yo trato de reducirlo todo, de sacarlo todo a la superficie, a la claridad: explicarme las grandes pasiones, los grandes misterios, por cosas muy simples, desmitificándolos; y, a la vez, embellecer literariamente las pequeñas pasiones y las cosas más rudimentarias. Ésa es mi forma. Yo no soy un escritor comprometido desde el punto de vista político –comprometido en el sentido en que suele entenderse este término–, creo que el compromiso del escritor está en ser una persona honrada, y que la primera honradez es escribir bien, tratar de hacerlo bien. En cuanto a la cuestión de la asociación de percepciones sensoriales que me planteas, y como ya he comentado en alguna ocasión, te diré que para mí el espíritu es la reunión de los sentidos en un punto. Los sentidos son vías de conocimiento, yo no comprendo que se pueda entender nada que no hayas visto, ni tocado, ni oído, ni sentido. Hay un momento en que se produce un estado de magia –en cada cultura hay una palabra para designarlo–, una sensación de armonía, de bienestar, de inteligencia, de que comprendes una cosa por dentro, de que la sientes. Esa sensación para mí es el espíritu, la convergencia de dos o más sentidos en un punto. Ese punto inmaterial es el espíritu. De ahí la importancia del pequeño acopio de sensaciones y, además, el saber que todo es pequeño, que todo es a la medida de las horas. Un panadero gallego me dijo una vez una cosa maravillosa: Dios hace el tiempo, y nosotros hacemos las horas. El tiempo es una cosa que se hace, tú haces el tiempo. Entonces, considerando que los días, las horas y los minutos son divisiones de las cosas que estás haciendo, resulta que estas cosas constituyen la sustancia tuya. Eres lo que haces. A partir de eso, yo extraigo toda la filosofía vital: se vive al día, la felicidad no existe –son pequeños actos felices, o pequeñas desgracias–, todo se produce a unos niveles de minutaje.

*–Esto que dices tiene mucho que ver con la siguiente cuestión. El placer como filosofía vital, la belleza como forma de resistencia, la reivindicación del instante de felicidad como cristalización de la inmortalidad... ¿Cómo has conseguido perpetuar este ideario a lo largo de más de tres décadas de creación literaria?*

–No es que yo me haya dedicado a perpetuar ese ideario, sino que creo que ésa es la verdad. Quiero decirte que ésa es mi forma de entender y de ver la vida, pero no es que lo consiga, y que yo sea una especie de gurú o de santón...

*–En cualquier caso, mantener esa divisa presupone grandes dosis de fortaleza.*

–Bueno, pero eso es como una meta. Lo que pasa es que en ese camino hay muchas caídas. Si no, uno sería un faquir, y yo no lo soy.

*–A estas alturas de tu trayectoria, ¿sigue coincidiendo el inventario de tu fe con la austeridad de los placeres ensalzados en la magnífica columna de igual título recogida en A favor del placer?*

–Sí, es de lo que estamos hablando, la austeridad y el hedonismo. El hedonismo es la sustancia de la vida, nadie se mueve si no es por placer. Lo que sucede es que hay categorías y una jerarquía de placeres: hay gente que va por un placer más burdo y otros por uno más refinado. Y después hay un supremo placer, que también es la renuncia. Tan placer es ser un pródi-go como ser un avaro. La avaricia es un placer, y la prodigalidad es otro placer, se trata de saber cuál prefieres. La renuncia puede ser placentera, el no ir a los sitios es un placer...

*–Ya salió Horacio.*

–No, en serio, el no ir a los sitios es un placer increíble: jamás te arrepentirás de no haber ido a un sitio, siempre te arrepientes de lo contrario. Si no vas, tienes casi las de ganar. El renunciar previamente a las cosas, el ir echando lastres, es un placer enorme. A una edad, a otra no, al revés, porque estás queriéndolo ver todo. Pero, llegado un momento, el ir renunciando a cosas hasta llegar a una austeridad, es un placer de una categoría importante.

*–Junto a la primacía de lo sensorial, tu novelística despliega dos vertientes básicas: la de lo mítico y la del recuerdo, ambas asociadas al espacio medi-*

*terráneo, al dominio de lo ucrónico, y unificadas por una prosa de carácter cuasilítrico. En cuanto a integración de todos estos componentes, Son de mar (1999) me parece tu novela más lograda. ¿Compartes este juicio?*

—No lo sé, ya te digo que no me tengo muy analizado. Yo creo que mi novela más lograda es la última que he escrito, *La novia de Matisse*, desde el punto de vista narrativo y estructural, de lo que es una novela, e incluso del interés que pueda tener. No me atrevo a juzgar mi obra, porque como yo lo he escrito todo precipitado —y me refiero también a los artículos, a los reportajes—, después lo entregas como azorado, y dices: qué habrá pasado aquí, esto yo no lo he dominado, yo lo entrego y sea lo que Dios quiera. Y como en el arte es acertar... Porque yo me escudo en que es todo mágico, y a lo mejor aciertas sin darte cuenta. Yo creo, además, que esa forma de escribir, un poco sin orden interior, libera en ti una capa que no controlas, y esa capa a lo mejor es la que le da el efecto mágico a las palabras, a las ideas y a las secuencias.

*—Además de darle a leer Tranvía a la Malvarrosa (1994), son de mar y algunos de los más bellos artículos de A favor del placer («Delfines», «A un amigo», «Anchoas»), ¿qué le contarías sobre el Mediterráneo a alguien que no lo conociera?*

—Pues que el Mediterráneo es un mar interior, que el Mediterráneo que él imagina no existe, que se lo inventó un señor dentro de una habitación —loco, además—... Y que si va al Mediterráneo, pues que trate de confundirse en el caos: el Mediterráneo, cuantos más gritos, más basuras, más chancletas, más sudor, más incendios, y más paellas, y más sexo y más alcohol, ¡pues más Mediterráneo! Y después, que se vuelva a casa a purificarse.

*—Y a leer a Hölderlin. ¿Qué sería diferente y qué permanecería idéntico en la literatura de Vicent, de no ser valenciano?*

—No lo sé, porque yo no es que me considere valenciano de profesión. Esto de los nacionalismos yo no lo entiendo, porque nacer en Valencia y querer a Valencia me parece muy fácil, es lo más natural. Si hubiera nacido yo en Galicia, me parecería lo mejor del mundo, y si hubiera nacido en Munich o en Viena, lo mismo. Cuando dicen que el nacionalismo se cura viajando, es mentira, todo lo contrario: cuando uno viaja mucho, lo que quiere es estar en su pueblo y dice: «como en mi casa, en ninguna parte». Porque el nacionalismo, al final, ¿qué es? El potaje de tu abuela, el aroma

que olías en los armarios de tu casa, lo que veías por la ventana –los campos, si eras de pueblo, o cierta calle–; y la música que oías mientras la chica estaba tendiendo la ropa en la terraza, y la lengua que hablabas. Y eso no se puede evitar. Ahora bien: pensar que eso es una raíz que te lleva... No, la raíz es el mono. Tú escarba, y verás cómo todos llegan a un ser impresionante, que era un mono.

–«*Más allá de la mantequilla y los impuestos, Europa es una disciplina moral*», escribes en *Espectros* (2000). *¿Qué porvenir auguras a lo mediterráneo dentro de ese marco?*

–Hombre, que nos eduquen, pero no en grandes cosas, sino en mínimas cosas. Por ejemplo: que la señora que te vende el pan no lo coja de la estantería y te lo dé con la mano, después de haberle cobrado un dinero sucio al anterior, sino que lo coja con pinzas, que lo meta en una bolsa y te lo entregue. Que la pescadera no te devuelva el dinero mojado... Yo con eso me conformo. Europa no es más que eso.

–*Y nosotros a ellos, ¿qué les vamos a enseñar?*

–A vivir. A saber que un tomate abierto con un poco de aceite vale más que todo Goethe; y, sobre todo, más que una máquina excavadora.

–*Bajo múltiples aspectos, y hasta desde diferentes acepciones del término, la mitología es una de las recurrencias características de tu prosa, y Ulises una de las figuras más isistentes. ¿De dónde surge esa fascinación, y de dónde surge el apellido Adsuara que concreta la versión del mito recreada en Son de mar?*

–Yo busco nombres que suenen bien. El protagonista se llama Ulises Adsuara porque tiene que tener una identidad, porque después viene otro con un pasaporte con un apellido diferente. Elegí el nombre de Ulises no porque pensara en el mito, sino simplemente porque me sonaba bien, y después Adsuara por la misma razón. Tiene una sonoridad árabe, catalana, puede ser vasco y puede ser castellano. En ese primer momento, no pensaba en el mito. Ésta es la primera novela en la que yo he sabido el final, la pensé por el final. Si fuera la novela de un señor que se va y vuelve, sería un programa de *Quién sabe dónde*; de lo que aquí se trata, sin embargo, es de una mujer que encierra al señor que vuelve para que no se escape y poder usarlo cuando le dé la gana –aunque también hay otras connotaciones, sobre el regreso de los